

Como rezan solapas, Luis Alfredo Béjar es toledano de 41 años. Estudió Filosofía en la Universidad de Madrid y actualmente es profesor en el Instituto de Bachillerato Alfonso X el Sabio del polígono industrial toledano. Antifranquista y demócrata coherente, colaboró, en sus años de universitario, con algunos ámbitos del cine y en varias revistas de economía.

Narrador destacado en el panorama novelístico español, ha publicado un par de novelas y un volumen de relatos. Las primeras, "Aquello es lo que llamábamos Berlín" y "El coleccionista de agujeros",



obtuvieron, respectivamente, los premios "Sésamo" (1978) y "Eulalio Ferrer" (1981) del Ateneo de Santander.

En esta entrevista hace declaraciones cargadas, como dice el titular, de inteligencia y claridad en torno al concepto amplio y ubicuo de la creación. Poeta "secreto", Luis Alfredo Béjar es fiel a la poesía, por la que siente predilección especial. Últimamente, está esperando concluir una novela de tema toledanísimo, donde el autor lleva a la práctica un interesantísimo ejercicio sobre la magia del lenguaje popular.

Entrevista con el escritor Luis Alfredo Béjar

Inteligencia y claridad en respuesta a los tópicos

LA VOZ DEL TAJO.— ¿Para qué sirve crear literatura? ¿Por qué merece la pena su ejercicio?

L. A. B.— Empiezas, casi, casi, por el meollo. Yo, a veces, me lo he preguntado. Realmente, esto tiene mucho de pasión; como dijo aquél, pasión un poco absurda, como todas las pasiones. De modo que, ¿para qué sirve? Pues, hombre, yo te diré que sirve para muchas cosas: para el recreo del intelecto, para el recreo de los afanes lúdicos, intelectuales de la gente, para la conservación del lenguaje; en lo del lenguaje es donde puede estar la esencia, a mi juicio, de toda esta cuestión. La literatura es el arte que requiere más elaboración con una materia prima más difícil. La materia prima no es, ni más ni menos, que algo abstruso, arbitrario, como el lenguaje. Partiendo de ahí, ¿para qué sirve? para todo eso y para nada. Es posible que un mundo sin arte pudiera subsistir, yo no lo creo. Pero, de todos modos, el hacer literatura creo que sirve para varias cosas en diferentes etapas. Desde el punto de vista del creador, yo me lo paso muy bien sufriendo y trabajando y sintiendo las angustias de los atascos, cuando te frenas y esas cosas, y tengo un gozo infinito cuando remato una obra. Sería absurdo un arte que no tuviera proyección; otra cosa, tal vez, tendrían que decirlo los lectores. El creador pienso que tiene pocas cosas que decir, y lo que tiene que decir lo escribe.

Todas las artes son un lujo de

la Humanidad; ahora bien, ¿es un lujo del que se pueda prescindir?, esa es la cuestión, y yo pienso que no, que son los únicos lujos que la Humanidad no se puede permitir echar a la papelera.

LVT.— ¿Están hoy muertas las vanguardias?

L. A. B.— Yo creo que las vanguardias nunca están muertas. Lo que ocurre es que hay vanguardias que, históricamente, se justifican solas, pero más bien porque en el momento en que surgen, digamos que la retaguardia no funciona, es decir, cuando una vanguardia surge en un auténtico páramo, en el adocenamiento y en la historia de la literatura española del veinte. Tenemos varios ejemplos: el 27, que aparece como una vanguardia importante, si triunfó, en gran medida, fue porque estaban periclitando entonces ya todos los novecentismos y todos los noventayochismos y todos los realismos habidos y por haber. ¿Que hoy brillen menos? Tal vez sea porque el siglo está terminando y es un siglo que ha estado repleto de vanguardias. Ahora bien, eso tiene una explicación: la vanguardia ya se ha asumido como técnicas o métodos o ideologías, dentro de la literatura, perfectamente normales.

LVT.— ¿Magia y cotidianidad son sinónimos?

L. A. B.— A veces, sí. Lo de realismo mágico o la conexión de magia con realidad en la literatura, yo creo que tiene, la

aparición del término, vaya, una justificación histórica, y es que la realidad que Galdós, por ejemplo, llevaba a su literatura, era una realidad en la que todo se explicaba, lo cual, a mi juicio, es una manera estrecha de ver la realidad, porque es indudable que en la realidad hay cosas sin explicación. Lo que se ha hecho después, por los escritores hispanoamericanos, por la generación de poetas y algunos prosistas españoles de los años 60, es ver la realidad con mucha más amplitud y de una manera mucho más liberal; la realidad nos da cosas y nosotros no somos dioses como para entenderlas todas.

LA REALIDAD NOS DA COSAS Y NOSOTROS NO SOMOS DIOS COMO PARA ENTENDERLAS TODAS

Con esto te contesto, Para mí es tan evidente que, probablemente, uno de los escritores más realistas, más rabiosamente realistas que pueda haber hoy, sea Cortázar. Claro, si lo medimos con los cánones galdosianos del realismo del XIX, Cortázar nos parezca una especie de enloquecido, pero es que ahora ya no podemos medir con el mismo patrón.

LVT.— Ampliando lo anterior, la buena literatura, ¿está en esa neblina, un tanto confusa, ese punto de intersección entre lo real y lo irreal?

L. A. B.— Sí, claro, si no, no habría creación; si no, el escritor no sería un creador. Y volvemos

otra vez a la polémica de si eres escritor o eres escribiente. El escritor es un señor que escribe creando, o que creando escribe; si es creador, es justamente por eso, porque es capaz de penetrar en la neblina e incluso de crear sus propias neblinas para meterse dentro; si la realidad no es explicable, es que hay algo nebuloso; hay algo abstruso donde no se penetra con los ojos de la cara, donde el lector tiene participación, el lector tiene su propia neblina e interpreta la neblina que la realidad le ofrece a su propia manera. Para mí el lector es un creador, tan importante o más, en ocasiones, que el propio autor.

LVT.— ¿Hay que agradecer que ya haya desaparecido, en cierta medida, de este país, esa literatura cejijunta, antaño imperante?

HAN DESAPARECIDO LOS CABREOS IRRACIONALES

L. A. B.— Hombre, la literatura del cabreo yo no creo que haya desaparecido totalmente; lo que ocurre es que la literatura se convertía (incluso ahora) en cejijunta, desde el momento en que ciertos objetivos se supeditaban a todo lo demás. Creo que esto, en un acto libre de creación, no debe ser así, sencillamente porque ya no escribes, sino que te escribe cierta realidad; ciertos hechos, tu propia mente, tu propio esquema inteligente de las cosas te están dictando a tí en consonancia, te están coartando tu capacidad de creación. Yo no

creo que haya desaparecido totalmente, repito. Lo que creo es que eso va, como todo, claro, con la marcha de la Historia; han desaparecido los cabreos irracionales: el anticlericalismo a ultranza, el antiliberalismo a ultranza, el viejo concepto de democracia; creo que el concepto de democracia, hoy, hablando, no de política, sino de sociedad, que es lo que me parece que nos interesa, no es el mismo que la vieja formulación francesa, ¿no? Entonces, a tenor de eso, evidentemente, el escritor de literatura política (y yo, en gran medida, lo soy), tiene que entenderlo; si no entiende eso, es que está pasado en la historia y en la literatura, y seguirá haciendo literatura cejijunta, literatura del cabreo.

LVT.— Cela sabes que insiste mucho en el arte de novelar, ejercido, de modo diferente, en cada una de sus novelas. ¿Llevas esto a la práctica en tu obra?

L. A. B.— Yo no lo llevo a la práctica, es la novela la que me hace a mí. Cela tiene muchísima razón, sin embargo. Las novelas se hacen solas, en el sentido de que tú eres el señor que da el pistoletazo; luego, el corredor corre solo. El tema es importante porque da el punto de salida, no cabe duda, pero tú eres el amanuense que va pasando el papel las cosas. Yo creo que ahí está la razón de que la novela realista tradicional haya sido superada; eran las famosas novelas del autor omnipotente, el autor lo sabía todo y lo llevaba todo por donde a él le daba la gana. Si tú haces y tú eres capaz de crear personajes de carne y hueso, que tienen vida propia, aunque hayan salido, lógicamente, de la imaginación, esos personajes, evidentemente, se van a comportar a su modo y manera. A mí me ha pasado montones de veces, que determinadas situaciones novelescas, determinadas acciones, determinadas omisiones, e incluso el final de alguna novela

